

(Traducción en español de la transcripción)

Castel Gandolfo, 1 de noviembre de 2002

## Algunas características del amor al prójimo

Entonces, queridos hermanos y hermanas, o hermanas y hermanos:

¡Con mucha alegría les doy la bienvenida a este Congreso! (Aplausos) ¡Qué el Señor los bendiga, bendiga este congreso, los acompañe y les permita producir óptimos frutos, a todos los participantes!

El tema que debo tratar ahora me parece de una importancia capital, si es que queremos construir entre nosotros, y entre muchos, esa fraternidad que hoy el mundo tanto necesita.

Se trata del amor al prójimo, ese amor que circula en los más diversos ámbitos religiosos y culturales, incluso bajo la forma de misericordia, de benevolencia, de compasión, de solidaridad... Amor al prójimo que para nosotros cristianos no es, simplemente, un sentimiento humano, sino que, enriquecido por una chispa divina, se llama caridad, ágape: amor de origen sobrenatural.

Para tratar del amor partiré de mi experiencia, y les comunicaré cómo el Señor, desde los comienzos de nuestro Movimiento, atrajo nuestra atención sobre el amor.

Cuando Dios me llamó a consagrarme a El para siempre, la fascinación de ese llamado era única y tan elevada, por el hecho de haberme donado totalmente a Dios y que Dios, el Inmenso, el Amor Infinito, me había aceptado, que jamás, jamás hubiese permitido que personas o cosas rompieran el encanto de ese "tú a tú" con el Señor.

Si ese día, por ejemplo, me hubieran dicho que después iba a nacer un gran Movimiento, se hubiese roto en mí un no sé qué de divino, inefable. Esta era mi impresión.

Muy pronto sin embargo Dios me aclaró que amarlos también implicaba tener una relación con el prójimo; quería decir que por Dios debía amar a todos los hermanos del mundo. Y con respecto a esto es muy hermoso lo que dice el Corán: *"Yo no os pido salario a cambio, pero si os exhorto a que améis a los parientes"* (C 42,23)<sup>1</sup>.

En los comienzos del Movimiento, guiadas sobre todo por las circunstancias dolorosas de la guerra, dirigimos nuestro amor hacia los pobres. ¡Y fue una escuela para nosotras! No estábamos acostumbradas a amar en sentido sobrenatural; nuestro interés había llegado, a lo sumo hasta nuestros parientes o amigos. En cambio ahora, bajo el empuje de la gracia de Dios, confiando en Dios y en su providencia, dedicábamos nuestros afanes a todos los pobres de la ciudad.

Tratábamos de hacerlos venir a nuestras casas y de sentarlos a nuestra mesa. Los encontrábamos por la calle y les dejábamos cuanto habíamos recogido. Los visitábamos en los tugurios más miserables, y tratábamos de ayudarlos, incluso con medicamentos.

Los pobres eran el primer objeto de nuestro amor, porque por ellos y a través de ellos pensábamos que podíamos amar a Jesús que dijo: *"Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos lo hicieron conmigo"* (Mt 25,40). Y también se interesaban por ellos las personas que se sentían atraídas por nuestra nueva vida. ¡Era un espectáculo, ver llegar abundantemente la providencia de Dios en víveres, ropas y medicinas!

<sup>1</sup> En la traducción de A. Bausani, *El Corán*, Florencia 1978, p.359. El primer significado del término prójimo (qurba) indica el familiar, el perteneciente a la tribu, pero puede adquirir un significado más amplio: "El significado del amor de la tribu se puede extender al amor a toda la humanidad, porque todos los pertenecientes al género humano son hermanos, como descendientes de Adán *The meaning of the Holy Qur'an*, Abdullah Yusuf 'Ali, y, amana publications, Beltsville, Maryland 1989 p. 1253 nota 4560.

En un momento determinado, cuando algunos centenares de personas ya vivían como nosotros, nos pareció que el Señor nos pedía a nosotros que nos hiciéramos pobres para servir a los pobres y a todos.

Fue el día en el que hicimos “una montaña” con nuestras cosas. En una habitación del primer focolar cada una puso en el centro lo que le parecía que tenía de más: un abrigo, un par de guantes, un sombrero, incluso recuerdo un abrigo de piel. Nos fascinaba la estupenda narración de los primeros cristianos, cuando en Jerusalén eran un corazón solo y un alma sola, y nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos y no había necesitados (cf *Hech 4,32-34*).

No había más necesitados entre ellos... Este era el gran ideal que se nos presentaba para que lo alcanzáramos, en primer lugar entre nosotros y con todos los que nos seguían. Por eso las primeras chicas que ya vivían en el focolar, llamadas por Dios a una donación total, daban todo, mientras que los demás daban lo que tenían de superfluo; y quien tenía poco o nada ponía en común sus propias necesidades. Así empezó a generarse la “*comunión de bienes*” que después se fue desarrollando hasta el proyecto actual de la Economía de comunión.

Pero por lo que sé, este amor a los pobres es muy sentido también en el Islamismo, que recomienda mucho la limosna, hasta el zakat, uno de los cinco pilares del Islam; limosna que también es alabada a menudo en el Corán, que amenaza con el infierno “(a aquel ... que) ni animaba a dar de comer al pobre” (C69, 33-34), y que define al hombre bueno como “aquel que (...) por amor a Dios da de la hacienda, por mucho amor que se le tenga, a los parientes, huérfanos, necesitados, viajero, mendigos y esclavos” (C 2,177).

Volviendo a los primeros tiempos del Movimiento, nosotros pensamos – nosotros, focolarinos - que fue tal vez por este amor hacia los pobres – el amor siempre genera luz – que muy pronto comprendimos que nuestro corazón no debía dirigirse solamente a ellos, sino a todos los hombres por igual.

El esfuerzo que Dios nos pedía, y nos sigue pidiendo, es tender constantemente a la fraternidad universal en un solo Dios Creador de todos. Por eso se trata de amar a todos sin distinción, como Dios que manda el sol y hace llover sobre justos e injustos (cf *Mt. 5,45*). Entonces no hay que elegir entre el simpático o el antipático, el lindo o el feo, de mi patria o extranjero, blanco o negro o amarillo, europeo o americano, africano o asiático, cristiano o judío, musulmán o hindú... El amor no conoce ninguna forma de discriminación.

Esta fe en el amor que Dios tiene por sus criaturas también la hemos encontrado en muchos hermanos y hermanas de otras religiones, empezando por las Abrahámicas.

Amar a todos, entonces, sin distinciones. Amar a los hermanos, individual y colectivamente: amar a nuestros prójimos, uno por uno, y respetar sumamente a cada pueblo. De aquí nace un cambio radical de mentalidad, nace una revolución.

Si todos hicieran sólo esto, la tierra ya sería un cielo.

Amar a todos, incluso a los enemigos. Es a esta medida de amor, en efecto, que nos llevó el Evangelio, que invita a rezar por quienes nos persiguen (cf *Mt 6,44*). Pero también en la tradición musulmana se encuentran paralelos, como por ejemplo en este hermoso texto del Corán: “No es igual obrar bien y obrar mal. ¡Repele con lo que sea mejor y he aquí que aquél de quien te separe la enemistad se convertirá en amigo ferviente! (C 41,34).

El Señor nos enseñó otra característica del amor, que tal vez es la que requiere más empeño, la más difícil: se trata de tomar la iniciativa, de ser los primeros en obrar, de no esperar que el otro dé el primer paso para amar.

Quizás fue para enseñarnos a amar así por lo que, en los comienzos del Movimiento, Dios no nos sugirió que amáramos a todos los hermanos, sino que nos orientó – como ya dije – a amar a los necesitados, a los pobres, a los enfermos, a los presos, a los huérfanos, es decir, a personas que esperaban algo de nosotros y que no podían dar el primer paso para amar.

Por otra parte, así se comporta Dios, que no esperó que lo amáramos sino que nos demostró siempre, de mil maneras, que El es el primero en amarnos.

Hay una experiencia vivida en el primer focolar que es la aplicación de ese “ser los primeros en amar”. En los primeros tiempos, en especial, no era fácil para un grupo de chicas vivir la radicalidad del amor. Éramos personas como las demás, si bien estábamos sostenidas por un don especial de Dios para empezar el Movimiento. E incluso entre nosotras, en nuestras relaciones, a veces se depositaba el polvo y la unidad languidecía. Esto sucedía, por ejemplo, cuando nos dábamos cuenta de los defectos, de las imperfecciones de las demás, y las juzgábamos, y como consecuencia se enfriaba la corriente de amor mutuo.

Para reaccionar ante esta situación un día nos propusimos estrechar un pacto, que hemos llamado “pacto de misericordia”. Decidimos ver al prójimo que encontrábamos cada mañana (en el focolar, en la escuela, en el trabajo, etc.) nuevo, novísimo, sin recordar sus defectos, cubriendo todo con el amor. Nos acercábamos a todos con esta completa amnistía en el corazón, con un perdón universal.

Era una decisión fuerte, tomada por todas juntas, que nos ayudaba a ser las primeras en amar, a imitación de Dios misericordioso, que perdona y olvida. Ahora estamos seguras de que, si no hubiera existido este cotidiano pacto de perdón, el Movimiento no hubiera pasado ni siquiera de Trento a Rovereto; prácticamente, no hubiera tenido la energía necesaria para difundirse.

El Corán dice: “... *Que perdonen y se muestren indulgentes. ¿Es que no quieren que Dios los perdone? Dios es indulgente, misericordioso*” (C 24,22)

(...)